

LA RECUPERACIÓN I DIGNIFICACIÓN DE LA INDUMENTARIA TRADICIONAL DE LA ISLA DE MALLORCA

GUILLEM BERNAT I FERRER

Después de muchos años de ver cómo la indumentaria tradicional de la Isla de Mallorca estaba totalmente descuidada i casi en el olvido, el grupo folklórico Aires Sollerics, creado en 1969, tomó la iniciativa en el año 1992 de trabajar en la investigación en el campo de la indumentaria usada por nuestros antepasados, ya que nos dimos cuenta que, a partir de principios del s. XX, esta parte tan importante de nuestra historia, este patrimonio cultural, corría el grave peligro de desaparecer.

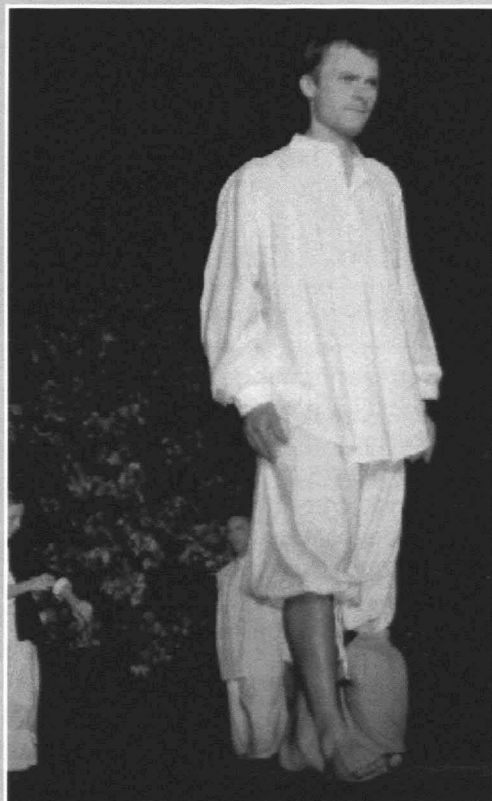
Como cosa testimonial, encontramos algunas prendas en algún museo de la isla y también sabemos que en el Museo Nacional de Madrid se guardan algunos ejemplares, ambas cosas sin ningún tipo de divulgación.

Siendo conscientes de esta situación y viendo que los grupos folklóricos, los primeros que deberíamos sentir un gran respeto, habíamos descuidado este aspecto de nuestro patrimonio, empezamos esta aventura. Hubo, y aún sigue habiendo grupos que, dejados llevar por los predecesores creados entre los años 30 y 40 a partir de la Sección Femenina, y otros creados de cara al *boom* turístico emergente en la isla a partir de esta época, para dedicarse más al espectáculo que a la propia recuperación, olvidaron lo que era mantener viva en la memoria esta herencia cultural y patrimonial desde el s. XVIII.

En este contexto, y para facilitar el trabajo de estos grupos, antes mencionados, se cayó en la simplificación de nuestra indumentaria, estereotipada con el nombre de «traje regional».

De hecho, en nuestra isla, y hasta el despertar iniciado por nuestro grupo para sensibilizar a la sociedad en este tema, conocíamos solamente dos formas de vestir reducidas al traje de fiesta y de trabajo, términos que, a nuestro entender, serían erróneos tanto en la forma como en el concepto. En la forma, porque su mejor denominación sería la de traje de noble o señor, ya que esta clase, en el s. XVIII, tenía el privilegio de vestir usando tejidos que podríamos llamar de alta calidad, como las sedas, brocados, terciopelo, damascos, etc. En el concepto, porque su confección quedaba muy distante de los patrones propios de la época (tejidos sintéticos, elásticos, adhesivos, formas extrañas, etc.)

En lo que se refiere al traje de trabajo o de faena, éste correspondería



Ropa interior masculina recuperada.

a la gente humilde que eran los trabajadores, payeses, pastores, leñadores, ... los cuales sólo podían vestir con los tejidos más sencillos y resistentes, como la lana, el algodón, el cáñamo, etc. Tampoco en este ámbito se corresponde la versión del «traje regional» con los fru-



Indumentaria de Senyores del s. XVIII

tos de la investigación más reciente. De hecho, la manera de vestir «a la antigua» que nos ha llegado recibe el nombre unificado de «traje de payés», o simplemente decimos aún: «Mira un payés o una payesa» cuando vemos alguna persona con el traje tradicional, tanto de fiesta como de trabajo. Esto se debe, sin duda, a la unificación que se produjo en esta época y a la creación de un estereotipo simplificado.

El trabajo realizado por nuestro grupo ha tenido como finalidad, y la sigue teniendo, concienciar a todas las personas que se digan «amantes de lo nuestro» que abandonen las influencias de muchos de los grupos que nos han precedido y vuelvan, en la medida de lo posible, a la máxima autenticidad, dejando de lado la comodidad de los elásticos, para recuperar las cintas, abandonar los «velcros», en aras de recuperar las distintas formas que había de botanaduras, etc...

Si las mujeres, desde el s. XVIII hasta casi el final del XIX, debajo de la falda llevaban dos o más enaguas (sobretudo las mujeres nobles o «señoras»), observamos que muchas veces ni siquiera se llevan estas prendas. De ejemplos como estos, objeto de nuestras reivindicaciones, podríamos escribir muchas más líneas.

ejemplos: los colores antiguamente recibían nombres procedentes de la naturaleza por similitud en la tonalidad de color, nombres que actualmente se han castellanizado o se han vertido al inglés, como el color gris, encontrado en documentos antiguos como «color de cendra» (de ceniza) o «color de rata»; cierto amarillo, como «color de blat» (trigo); el pardo o marrón oscuro, como «color de bou» (de buey, concretamente del buey de raza mallorquina). Los nombres de las piezas o prendas hemos visto como, con facilidad, también se iban cambiando: la ropa interior femenina pasa a denominarse «bombachos», en lugar de «calçoneres»; el «guardapits» masculino pasa a simple chaleco. Al propio tiempo, no sólo se ha procedido a restablecer vocabulario original, sino también a la recuperación de vocabulario en desuso: *guardapeus*, *barret*, *abrigall*, *coer*, *terna*...

O t r a cuestión, a la que nos ha llevado este trabajo, ha sido la recuperación de gran parte del vocabulario original de las distintas piezas de vestir, así como de los tejidos i colores. Pondremos unos cuantos

Siguiendo con nuestro trabajo, hemos podido descubrir que los vestidos de nobles y señores contienen múltiples diferencias y variedad entre ellos, así como los de los payeses. Vemos que los nobles siguen la moda de la corte española, aunque las clases humildes imitaban los mismos patrones que sus señores, aunque la riqueza del tejido y los complementos denotaban la clase y rango del individuo.

También entre los payeses podemos distinguir distintas clases de indumentaria que marcan diferencias entre ellos de tipo social o de dedicaciones a trabajos distintos. En la mujer, por ejemplo, vemos que, cuando realiza trabajos de casa, sus complementos (delantal, manguitos y el *rebosillo*) son de color blanco, y cuando la mujer debe acudir al campo sustituye los *maneguins* por *manegots* (de colores variados y de distinta forma), el delantal también de colores sufridos y oscuros (predominantemente azul y rojo).



Devantal i manegots, complementos de la indumentaria de faena en el campo.

Precisamente la diferencia entre *manegots* i *maneguins* es un ejemplo del trabajo de campo realizado y de la recuperación de piezas y su catalogación. El *maneguí* es una pieza que cubre desde el codo hasta la mitad del antebrazo, de color blanco, que tiene como finalidad proteger los botones que lleva el *gipó* (jubón) y evitar la suciedad en la puntilla que remata la misma manga del *gipó*, usado habitualmente en las tareas de la casa. El *manegot*, por su parte, tiene diferente color y longitud, ya que llega hasta la muñeca y, a veces, incorpora una pieza que cubre la parte superior de la mano. El uso del *manegot* estaba relegado a las tareas del campo para resguardarse del sol y posibles rasguños y así mantener la piel blanca, a imitación de las clases superiores que la conservaban así según la moda de la época.

Otra de las piezas de indumentaria condenada a desaparecer era el pantalón (*calçó*) de menestral, que

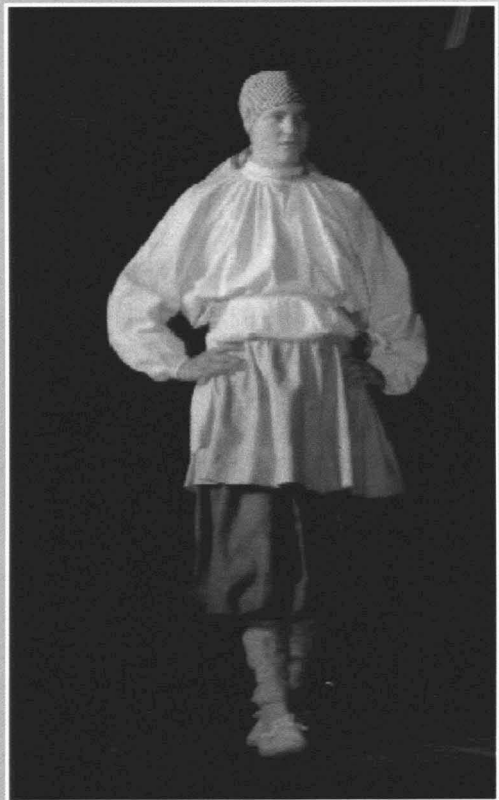
sólo hemos podido observar en pinturas, grabados o cerámicas, ya que el «traje regional» sólo conservó para el hombre los llamados *calçons amb bufes*, que son unos pantalones muy anchos sujetos debajo de la rodilla, seguramente de influencia árabe. El pantalón de menestral, a diferencia del otro, es más ajustado a la pierna y semejante al usado en la vecina Menorca. De la misma forma, hemos podido recuperar la faldilla que usaba el hombre encima de los *calçons amb bufes*, la cual encontramos en casi todas las culturas del Mediterráneo.

La indumentaria que usaban cuando iban a

trillar (*batre*), confeccionada con una

tela muy común, llamada *bri* (cáñamo), también podemos decir que se había perdido a la vista de muchos mallorquines, i que también ha sido objeto de recuperación e incorporación a nuestro vestuario, gracias a que en algunas casas tenían guardadas piezas de este tipo en arcones, armarios i cajas, muchas de ellas transformadas ya para otros usos i menesteres del hogar.

La misma suerte corrió una pieza muy característica de la mujer mallorquina, de la cual hemos podido encontrar muchos ejemplares ya conver-



Faldilla de pastor.



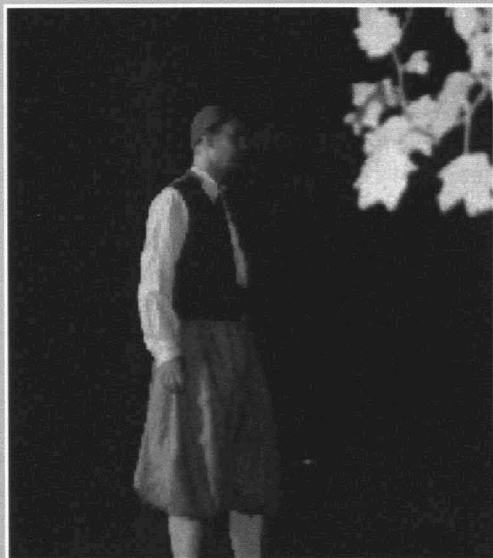
Indumentaria de *bri* para la trilla.

tidos para otras necesidades: el *copinyat*, o falda confeccionada en dos partes. La parte superior consta de una pieza de unos veinte centímetros de ancho, por 1,40 hasta 1,70 arrugada a lo largo y cosida a una cinta o puño para sujetar a la cintura. La pieza inferior tiene cinco piezas de 70 centímetros de ancho por una longitud variable, según la altura de la persona a quien estaba destinada. A esta pieza en conjunto se le da el nombre de *copinyat* porque el punto que se usa para unir las dos piezas toma la forma de una pequeña almeja llamada *copinya*. El tejido más habitual de esta falda es una suerte de tejido común llamado *estam*, *escandelari*, *roba de Pollença* o *de llengües* y se usaba entre la gente humilde.

También hemos podido profundizar en los elementos de tocado femenino y masculino, como es el caso del *barret* i la *barretina*, piezas



Ejemplo de *copinyat*.



Hombre con *barret*.

usadas por el hombre para cubrirse la cabeza, y desaparecidas desde la segunda mitad del s.XIX, y que ahora hemos recuperado e incorporado a nuestra indumentaria tradicional.

Pero la pieza más importante para nosotros en nuestro trabajo de investigación y recuperación ha sido el *gipó* (jubón) femenino, ya que con el trabajo de investigación realizado se ha podido superar la teoría de que la mujer mallorquina siempre había llevado, y estaba obligada a llevar, el *gipó* de color negro. Efectivamente el color negro predomina

como color de luto y es evidente que en las casas mallorquinas la mujer es la que conserva esta costumbre en la indumentaria en la segunda mitad del s. XIX, con lo que el color negro se hace habitual entre la mujer mallorquina que siempre tiene alguien a quien dedicar este luto. Pero los documentos encontrados, ya sean testamentos o inventarios, nos demuestran que esta pieza en el s. XVIII podía ser de tejidos muy diversos, así como también sus colores y formas.

Este trabajo realizado por Aires Sollerics ha contado con la inestimable colaboración de Mosén Bartomeu Mulet, vicario de la villa de Sineu, gran conocedor e investigador de la casa mallorquina. Estamos seguros que esta iniciativa habrá abierto muchos caminos para que los distintos grupos folklóricos de nuestra isla puedan continuarla y mejorarla, ya que nunca hemos pretendido sentirnos doctores en el tema.